
Horizontes de la movilización popular en México y América Latina

Entrevista con Armando Bartra

MASSIMO MODONESI

Resumen

La entrevista aborda los saldos del ciclo de luchas populares durante la última década en América Latina, planteando la hipótesis del agotamiento del paradigma desarrollista como consenso articulador. Así, se describe a la actual crisis no solo como la del mero neoliberalismo sino como la del progreso mismo en tanto que horizonte. Además, mira hacia los acontecimientos recientes en México y realiza una lectura del movimiento encabezado por Andrés Manuel López Obrador, observando su relación y articulación –o confrontación– con otras luchas del campo popular. Las elecciones federales de 2012 se toman como espacio donde se juega la hegemonía neoliberal en uno de los últimos países aún plegados al consenso de Washington.

Abstract

In the interview the outcome of the cycle of popular struggles over the past decade in Latin America is examined and the demise of a purely economic development standard is postulated. This is how the current crisis is described, not one that merely hit neoliberalism but also affected progress itself. In addition, the interview provides a reflection on recent events in Mexico, and its own interpretation of the movement led by Andrés Manuel López Obrador by studying its relationship and connection –or confrontation– with other community struggles. The 2012 federal elections are seen as an element of risk for the neoliberal hegemony in one of the few countries still aligned with Washington.

Palabras clave

Posneoliberalismo, posdesarrollismo, crisis de paradigma, movimiento ciudadano, fraude electoral, autoritarismo

Keywords

Post-neoliberalism, postdeveloppism, paradigm crisis, citizen movement, electoral fraud, authoritarianism

Cómo citar este artículo

Bartra, Armando 2010 "Horizontes de la movilización popular en México y América Latina" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XI, N° 28, noviembre.

Armando Bartra es un punto de referencia indispensable para pensar y tratar de descifrar, desde una perspectiva crítica, el escenario político mexicano marcado por el enfrentamiento entre la ofensiva de un gobierno de derecha y la resistencia organizada por las clases subalternas. Aunque desde hace algunos años Bartra es docente del Posgrado en Desarrollo Rural de la Universidad Autónoma Metropolitana, su trayectoria y su formación intelectual son estrictamente militantes. *Rara avis* en el mundo intelectual izquierdista tendencialmente cobijado por el academicismo y agazapado en las universidades públicas, Bartra no tiene títulos ni camisetas disciplinarias definidas, es muy historiador y bastante sociólogo, algo de economista y un poco filósofo. Sigue reivindicando el marxismo, en su vertiente crítica y humanista que rescata en su libro más reciente. En la tensión entre el análisis de la reproducción de la estructura capitalista y la intervención creadora de las clases subalternas en las luchas sociales, Bartra opta por el papel de las subjetividades, apuesta por el valor inestimable de la resistencia, el antagonismo y los anhelos de emancipación, aun cuando sean simplemente recursos defensivos para evitar que el mundo sea peor de lo que ya es, para frenar la catástrofe.

Conocido y respetado por sus estudios y sus vínculos con los movimientos campesinos, Bartra dirige actualmente "La Jornada del Campo", un suplemento mensual del periódico *La Jornada*. Campesinólogo y campesinista muy versátil, intelectual militante, de mirada amplia como sus ensayos publicados regularmente en la revista *Memoria*. Sus libros recorren diversas pero interconectadas temáticas: incursionan en la historia de la revolución mexicana, destacando el aporte del anarquismo magonista, profundizan en la historia de una de las regiones más conflictuales del país, se abren hacia grandes reflexiones sobre la naturaleza del capitalismo y sus límites y, en un libro publicado este año, se centran en la dialéctica y el papel del pensamiento crítico (ver Bibliografía al final).

Después de haber participado en distintas experiencias políticas y acompañado movimientos campesinos desde los años setenta, su compromiso más reciente es con el movimiento encabezado por Andrés Manuel López Obrador, como parte del grupo de intelectuales que elaboraron el borrador de proyecto de país que el propio López Obrador presentó en el Zócalo de la Ciudad de México el 25 de julio. De este movimiento, de la realidad mexicana actual, pero también de temas más generales como desarrollismo y posdesarrollismo, antineoliberalismo y anticapitalismo, marxismo crítico y socialismo posible, trata esta entrevista.

Pantanos posdesarrollistas

El primer tema que quiero que abordemos se relaciona con el tiempo presente latinoamericano. Ya pasamos la primera década del siglo, la cual –a contracorriente de las dos anteriores– ha sido marcada por un ciclo de luchas y por el renovado protagonismo de los movimientos populares. ¿Sientes que este ciclo se agotó, que se está agotando, que entramos en una etapa de estabilización político-institucional? ¿O al contrario, que se mantiene, que fue el anuncio de algo más amplio, significativo y eventualmente radical, que fue una experiencia de acumulación de fuerzas que no se desvanece simplemente en una reconfiguración institucional? ¿Cómo visualizas históricamente al momento actual y sus perspectivas?

En el mediano plazo, en los últimos diez años, por poner números redondos, se fue cerrando un ciclo que tenía veinticinco o treinta años de vida, un ciclo que tenía que ver con un modelo que se daba en llamar *neoliberal*, una forma de capitalismo salvaje o capitalismo rapaz, y que en el caso de América Latina había producido una serie de transformaciones específicas. Yo creo que ese modelo se agotó, que las recetas del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y el llamado Consenso de Washington –que de algún modo sintetizaron ideas que venían desde antes y que estaban en todas partes– no se podrán recuperar. En este sentido, creo que los últimos diez años son el fin de un ciclo, el fin de esta etapa de capitalismo y, en otro sentido, una etapa de apertura a experiencias de gobiernos que se ha dado en llamar de izquierda, centro-izquierda o centro cuando menos. Quizás la novedad más relevante, para mí, en una perspectiva mayor, es que la búsqueda se orienta a la renovación de paradigmas después de la crisis de la idea de que el mercado nos hará libres, el mercado nos hará justos, el mercado nos hará prósperos, el mercado generará crecimiento, el crecimiento será redistributivo en algún momento, la estabilidad social dependerá del crecimiento, el crecimiento será incluyente y no excluyente, de que esperemos un tiempo suficiente y empezaremos a ver los resultados del modelo, etcétera. Esas promesas incumplidas y las realidades pagadas al contado por los pueblos no solo provocaron la caída de algunos gobiernos, sino que estimularon la búsqueda de paradigmas alternativos. Hoy tenemos un debate en torno a si estamos volviendo o queremos volver a un desarrollismo cepalino tal cual o si nos orientamos hacia un neodesarrollismo posneoliberal o un posdesarrollismo. En todo caso, me parece que este debate no es solo un debate intelectual, ni es solo un debate de las izquierdas que reflexionan sobre los proyectos estratégicos, sino que hay un cuestionamiento de fondo que va más allá del simple modelo neoliberal y que plantea que este fue la última gran promesa del desarrollismo, en su expresión más cruda y desalmada, en su expresión menos populista, menos incluyente y menos democrática, que es la vía del mercado, del repliegue del Estado, de la privatización. Esa promesa del desarrollo neoliberal es la última gran promesa del desarrollismo. Podríamos leer lo que está sucediendo como un retorno al desarrollismo cepalino, al desarrollismo originario. Hay una vuelta a la beligerancia del Estado, una vuelta a la recuperación de los recursos nacionales y estratégicos por parte de los gobiernos, una preocupación por ciertos compromisos sociales del Estado, fundamentalmente servicios y cierta formación de capital humano que pueden leerse en términos estrictamente cepalinos. Pero yo creo que no, yo creo que esto es más bien la vieja metáfora de un círculo que apunta hacia un nivel distinto en la espiral. Yo creo que el hecho de que el tema de la descolonización interna haya cobrado la fuerza que cobró en países de la zona andina es sintomático de que no estamos solo dirimiendo las cuestiones que tienen que ver con las últimas tres décadas del neoliberalismo, sino que estamos dirimiendo un asunto que tiene que ver con quinientos años de un modelo que pasa de la colonialidad inicial a formas superiores de colonialidad, tanto la interna como la externa, pero que no se ha modificado en su esencia. No creo que se pueda revivir el desarrollismo, aunque sí sus recetas, mas no la esperanza que en otro tiempo las acompañó.

Y sin embargo, fundamentalmente en el triángulo Bolivia-Ecuador-Venezuela, aparece no solo un discurso que recupera al nacionalismo y a la intervención estatal, sino también una práctica que parece tener cierta eficacia concreta y despertar ciertas esperanzas de justicia social. Una forma de desarrollismo nacional-popular que quiere o pretende ser la contraparte del ascenso de los movimientos, de demandas y reivindicaciones de lo público, a veces incluso de demandas más autonomistas, traducidas ahora en términos de respuestas, no quiero decir asistencialistas –porque no forzosamente hay que cargarle una connotación negativa– pero sin duda de redistribución de la riqueza –más que del poder– operada desde la racionalidad y el aparato estatal. En este retorno, se olvida toda la crítica al desarrollo capitalista y al capitalismo de Estado que se dio, no casualmente, en la época de auge del fordismo y del Estado de Bienestar, cuando al interior del movimiento marxista, socialista y comunista existía una mirada crítica, a contracorriente del mecanicismo del desarrollo “de las fuerzas productivas”, una crítica de la explotación, de la alienación, de la acumulación de agravios que se producían en ese proceso de expansión capitalista.

Completamente de acuerdo, pero digamos que ese es el pantano en el que nos movemos. Vivimos el fin de la gran ilusión del desarrollo, y eso no quiere decir que estemos ya en el camino del posdesarrollo ni que yo tenga claro qué es el posdesarrollo. Me parece muy difícil que se vuelva a reconstruir como paradigma, no que desaparezcan las recetas porque las recetas ahí están y la capacidad de volver a ellas ahí está, lo que no creo es que sea posible volver a reconstruir la ilusión. No creo que pueda volverse a construir algo que fue en verdad, en términos de los sujetos, de la subjetividad, una bandera creíble.

¿No será que con la crisis del desarrollo como paradigma también viene una crisis de la democracia como fenómeno de masa? No tanto de la idea de democracia como forma institucional, como procedimiento de toma de las decisiones a partir del principio de mayoría, sino la democracia en un sentido amplio, substancial, como participación popular, como vector de la irrupción en escena de las clases subalternas, como expresión de un protagonismo epocal o coyuntural, que impulsa o frena el progreso o el desarrollo. Porque eso podría ser preocupante, no que se desfonde el simulacro de la democracia, sino que se desmonten la dinámica y los mecanismos de la democracia real, fundamental, de la activación, de la participación de las clases subalternas o, más bien, de sus sectores movilizados, organizados y politizados. ¿Te parece que estamos en esta pendiente riesgosa? Porque solo en América Latina hemos tenido oleadas recientes de democratización substancial que nos oxigenaron, pero si uno va viendo otras partes del mundo, encontramos el predominio de democracias formales que promueven la despolitización y la desmovilización, que desdemocratizan las relaciones sociales.

Así es. Yo sí creo que hay un riesgo. La modernidad es una universalidad, es un universalismo y un universalismo excluyente, abstracto, de los privilegiados, de la desigualdad. Pero es un universalismo. En principio, este reconocimiento de que formamos parte de un género más allá de si somos ricos, pobres, blancos, negros, hombres, mujeres, etcétera, es una parte de este discurso de la modernidad que creo que no deberíamos permitir que se fuera con el agua sucia. Es decir, esta idea

simplificada de que la modernidad era una simple gran ilusión, de que el progreso era un gran engaño, es riesgosa porque me parece que las preguntas de la posmodernidad o del poscapitalismo no pueden plantearse sin olvidar cierto nivel civilizatorio. Lo digo de otra manera. Esta universalidad, que podía ser mediterránea en algún momento, y que hoy es global, claramente global, hoy es claramente una gran nave en la que vamos todos. Es decir, la globalidad ha hecho que esta universalidad no sea simplemente un concepto filosófico o político, sino que sea una realidad. Nadie está a salvo si alguien se hunde, si este barco se hunde en términos ambientales, nos hundimos todos con él. No debemos hacer la crítica de la modernidad y de la globalidad fomentando los particularismos, que a lo mejor en América Latina todavía no se están dando pero en otros lugares del mundo sí. Ciertos modelos de balcanización pueden ser feroces.

“...la globalidad ha hecho que esta universalidad no sea simplemente un concepto filosófico o político, sino que sea una realidad”

Seguramente seguiste el debate sobre el pachamamismo en Bolivia. ¿Cómo ves esa contradicción entre el pachamamismo como nuevo paradigma y la persistencia del desarrollismo en el discurso y las prácticas del gobierno boliviano? ¿Qué está pasando? ¿Hay un cortocircuito entre un nuevo paradigma emergente que no acaba siendo y al mismo tiempo una práctica y un modelo que no acaban de morir?

No digo que sea una falsa disyuntiva, porque es un tema que vamos a tener que discutir, pero no podemos tener un choque de fundamentalismos, es decir, hablando de Bolivia, litio sí/litio no, el litio es la salvación/el litio es la maldición. El litio es un medio, el litio está ahí. ¿Hay un mercado para el litio? Parece que sí. Evidentemente, depende del curso que sigan la historia y la humanidad. Depende de las decisiones tecnológicas y de una serie de cosas. Si uno hace proyecciones, puede decir “el litio va a ser un insumo fundamental en términos de un nuevo modelo energético y, bueno, nosotros tenemos litio, ¿qué vamos a hacer con el litio que tenemos?” Alguien podría decir “cualquier cosa que tú plantees hacer con el litio que tienes es utilizar una palanca extractiva, es inadmisibles”. Bueno, yo no creo que así sea. El tema no es el litio/no litio, el tema es cuál es el proyecto, quién manda aquí.

En la última década se reactivó una intención o una voluntad anticapitalista. No es casual, me parece, que más que darle un contenido positivo a la búsqueda de alternativas a la que te referías se tiende a, por lo menos allí donde hay radicalización, a definirse como “anti”, marcando una raya, una separación, una escisión. Podríamos decir que en distintos momentos de la historia hubo distintas definiciones anticapitalistas. En el siglo XX tendieron a definirse en términos de socialismo y comunismo. Hoy, a reserva de que se resignifique el proyecto socialista, decirse anticapitalista parece quedarse en la negatividad de la dialéctica, en la negación de la negación.

La negación de la negación es un momento en una dialéctica que parte de la negación de lo que te niega. El mundo te niega, tú niegas este mundo que te niega, y para llegar a este mundo que te niega no basta con la nihilización de lo que te niega, sino que tienes que apostar a otra cosa. En la mayor parte del siglo XIX, y casi todo el siglo XX, hasta los últimos treinta años del siglo XX, la gran ilusión, la gran alternativa era la alternativa *poscapitalista*, era alguna modalidad de socialismo y, bueno, desde principios del siglo XX, tenías *el* socialismo científico, que era el único socialismo que en verdad leía el futuro de manera sensata en la realidad presente. Es decir, que el marxismo fue la gran esperanza, y el socialismo realmente existente, ese modelo de modernidad otra, fue la gran ilusión. Yo creo que esta es la que se desfondó. No creo que se pueda tirar todo a la basura. Creo que la cuestión es saber por qué se topó con la pared, por qué reaparece el Estado como el aparato político de la alienación y reaparece la economía como el fetiche, en este caso en el nombre del desarrollo de unas fuerzas productivas que lo van a hacer ingresar en la abundancia y por lo tanto en la equidad. Esta cuestión te plantea de nueva cuenta que el *no* tiene que ser mucho más radical. Yo diría que un buen ejemplo de esto en términos intelectuales, y que no ha tenido tantos seguidores, es John Holloway. “No hay que liberar al trabajo, hay que negar el trabajo. Hay que recuperar el *hacer*. Y toda vivencia es alienante, y toda modalidad estatista es alienante”. Hay una demanda de radicalización de la dialéctica en Holloway que solo se explica porque está reaccionando a un mundo del cual tiene los elementos, del cual posee información suficiente. Pero también porque siente –creo que muchos sentimos– la necesidad de un *no* mucho más radical para poder construir una verdadera dialéctica positiva. Yo creo que se derrumbó la ilusión del progreso, que era también socialista y no solo capitalista. No es lo mismo, no creo que todos los gatos sean pardos. No creo que la heroica lucha por la equidad, la lucha contra una burguesía rapaz, no creo que nada de eso, que ninguna de las luchas del siglo XX sean ni por mucho absurdas y que fuimos engañados y conducidos por miserables traidores. Ni tampoco que andábamos haciendo revoluciones fuera de tiempo y que no nos dimos cuenta de que debíamos esperar a que maduraran las condiciones para hacer la revolución. Creo que la humanidad dio durante el siglo pasado una serie de batallas extraordinarias, desarticulando imperios, reconstruyendo sociedades, creando realidades nuevas. Creo que la radicalidad del *no* es más feroz ahora, porque ya vimos que con un *no* tibio, un *no* que no iba a fondo, que no atacaba la totalidad del mal, se regeneró el cáncer. El *no* tiene que ser más radical, y el que en este momento sea un *no* tajante, a secas, un *no* en el sentido de anticapitalismo, me parece muy sensato. Tenemos que hacer una suerte de plano, de diseño, de la sociedad pura, y ponernos de acuerdo y construirla. Pero construir la sociedad futura no es como construir una casa, no es como hacer un edificio, no es como hacer un puente, es un proceso de convivencia social, es pasar por la construcción y reconstrucción de las subjetividades. Creo que la ruptura de la fetichización de la economía, de la fetichización de la planeación por lo tanto, de la fetichización del aparato, de la fetichización de las fuerzas productivas, de la fetichización de la ciencia, te coloca en una situación muy delicada, porque entonces empiezas a negar toda tecnología, tiendes a negar toda ciencia, tiendes a negar todo aparato, tiendes a negar al Estado, tiendes a negar al mercado. Pero

sí, en efecto, sí es verdad que estamos en una crisis que es sistémica pero que además es epocal y es civilizatoria; es lógico que estemos intentando radicalizar el *no*, porque lo que nos niega era mucho más profundo o estaba en muchos más ámbitos y espacios de lo que nos habíamos percatado, o creemos que así es. Pero no podemos darnos el lujo de estar en el *no* indefinidamente. Mientras tanto seguimos viviendo, y la vida continúa. Y ¿cómo continúa? Continúa en un terreno que se parece mucho al desarrollismo. Pero es que el desarrollismo era dos cosas. Era el papel de la técnica, de la técnica económica, de la técnica en la planeación, de la técnica en la asignación de recursos, de la contabilidad social, de la ingeniería social. Son instrumentos, herramientas a las que no podemos renunciar. Y era también la fetichización de esos instrumentos. Negamos el fetiche pero no tenemos por qué negar la técnica. El riesgo del fundamentalismo para mí es equivocarse la respuesta a si la crisis del desarrollismo es la crisis también de los instrumentos del desarrollo y de los técnicos del desarrollo. No puede ser. Hay una novela de Fiodor Gladkov que se llama *Cemento* y que se escribió en la primera década después de la Revolución Rusa en la que se cuenta la historia de un drama amoroso y una familia de activistas revolucionarios bolcheviques, el marido y la mujer. Se rompe la estructura tradicional de familia por el hecho de la militancia, y finalmente se separan. Pero además, el problema es que no pueden echar a andar una fábrica porque ya tomaron el poder pero no tienen la capacidad técnica, no tienen los conocimientos, no tienen el *know how*. Entonces el bolchevique revolucionario tiene que ir a buscar al ingeniero que era el administrador de la fábrica y decirle “oye, pues échanos una mano para que pongamos a caminar la fábrica”. Bueno, salvando las diferencias, creo que no podemos tirar al ingeniero. Eso no quiere decir que no haya que crear nuevos ingenieros y nuevas fábricas, pero no podemos tirar al ingeniero. Entonces no me angustia que García Linera diga “hay tres vías de desarrollo, de modernización, en Bolivia: la vía de la empresa grande, industrial, puede ser de Estado, puede ser privada; la vía de la pequeña y mediana producción, medio artesanal; y la vía de la comunidad agraria y de la producción campesina. Y estas tres vías no conducen al capitalismo. Nuestra apuesta es que van a fortalecerse esta y esta otra vía. Pero, en este momento, estas son las tres vías de modernización. Y por eso estamos en el capitalismo.” ¿Cómo entiendes esta discusión sin acusaciones de que lo que pasa es que simplemente ya claudicó? No, lo que yo creo es que estás situado en el terreno de lo pragmático, de lo posible, de la ingeniería social, que es una tarea que asumes en tanto eres gobierno y, por otro lado, estás en la apuesta de la historia.

¿Pero no será también que así como hay temporalidades de la historia, hay también distintas temporalidades de la política? Entonces hay una política que se juega en la construcción desde abajo, en las subjetividades y la construcción de movimientos populares que se asientan lentamente y una política que se juega a otro ritmo, el ritmo de las políticas públicas y las elecciones, pero también de la irrupción de la protesta, del conflicto social.

Lo que te diría García Linera es “en el tiempo corto no confíes en los movimientos, en el tiempo corto confía en los aparatos. Bueno, nosotros somos aparato. Se puede desinflar el movimiento, pero nosotros vamos a seguir como aparato.

Pero si ese movimiento no vuelve a subir de nuevo y no nos empuja otra vez, ya se acabó”.

Es una vieja idea que justifica la necesidad del partido como cristalización que sostiene la lucha en los momentos de repliegue de la movilización.

Fetichizamos al partido, fetichizamos a los sindicatos y a los gremios, y ahora fetichizamos a una cosa que llamamos movimientos sociales y que no siempre está muy claro qué son. Lo único de lo que sí estoy claramente convencido es de que estamos en una etapa en la que de nueva cuenta la construcción de las subjetividades no puede ser delegada a estos grandes actores cuyos cuarteles generales, cuyas vanguardias esclarecidas, cuyos comités centrales o cuyas dirigencias podían encabezar por una razón básica, porque terminas en el providencialismo. Tú solo puedes apostarle a las vanguardias cuando crees honestamente que hay ciertas capacidades intelectuales y ciertas capacidades adquiridas, individuales o colectivas, que te permiten leer en las entrañas de la sociedad el curso y el futuro. Y entonces estos señalan el camino, porque son como el guía indio que huele y le mete el dedo a la caca del bisonte y sabe cuánto tiempo hace que pasó la manada. Esta visión de que la historia puede ser leída, que hay un futuro predeterminado y que puede ser leído e interpretado, y que para eso es científico el socialismo, te lleva finalmente a pensar que hay unos que deben ser conducidos y hay otros que son conductores. Pero que esta exterioridad está dada no por aquello de *mandar obedeciendo*, que sería la fórmula para recuperar esto, sino que estás mandando porque tú tienes la capacidad de leer las señales del camino, que los demás no pueden leer. Este mando no es instrumental. Es que básicamente hay un camino y alguien descubrió ese camino. Marx y Engels descubrieron ese camino e hicieron que el socialismo utópico, que era muy bien intencionado, fuera científico. Marx y Engels leyeron en las entrañas del monstruo. Entonces, si en verdad aceptamos que no estamos amarrados a otra cosa más que a la libertad –y no estoy hablando de los individuos solamente–, la gestión del proyecto, la gestión de la subjetividad y la marcha en la que todos estamos involucrados es mucho más un diálogo social que el descubrimiento del curso a seguir por parte de vanguardias iluminadas. Por lo menos en mi experiencia, mi preocupación por ser vanguardia iluminada, radicaba en eso. Algunos tenemos o adquirimos, nos esforzamos por adquirir, por nuestro espíritu de servicio y abnegación, nos esforzamos por adquirir los instrumentos, que pueden ser el socialismo científico, y el leninismo en su momento, o el maoísmo o el trotskismo o cuanto haya en su momento; que son los instrumentos que, puestos al servicio del proletariado y de las masas populares, les van a permitir encontrar su camino en este bosque confuso en que las luchas espontáneas topan contra la pared y no marchan y no acumulan. La intención no es mala, yo no creo que haya que exaltar la espontaneidad, la dispersión, la desarticulación, los particularismos, no creo en eso. Yo creo que hay que buscar las convergencias, hay que buscar los consensos, hay que buscar la unidad en torno a un proyecto, se requieren liderazgos. Pero sí estoy claramente convencido de que había un factor fetichizante en el modo de entender la vanguardia iluminada, y que si ya destruyes este concepto de vanguardia iluminada, el modo de construir el proyecto y las dirigencias va a ser otro.

México: autoritarismo gubernamental y movimiento popular

Pasemos a México, pero pensando en las mismas coordenadas. ¿Cuál es el momento histórico? ¿Cuáles los sujetos de la posible transformación?

En México, la alternancia resultó más de lo mismo, en todos los sentidos, es una alternancia por la derecha, no hemos tenido una alternancia por el centro o hacia la izquierda. En todo caso, el problema con México es que lo que se está desfondando es lo que podía ser un ejemplo de modernidad con participación social, una modernidad incluyente, porque hubo —entre otras cosas— una reforma agraria, probablemente la más extensa de América Latina, en cuanto a la cantidad de tierras entregadas y repartidas. México de algún modo fue precursor en una serie de procesos de modernización y fue modelo incluso en algún momento para ciertos planteamientos cepalinos. Dejó de serlo, pero su ruptura ha sido como en cámara lenta, seguimos sintiendo que estamos en una transición, si es que la palabra *transición* quiere decir algo. Entonces, creo que el caso de México es un caso complicado en el cual no podemos, parece claro, pensar en el futuro sin una nueva reflexión sobre el pasado. Es decir, el siglo XX es parte del debate. Lo que está a discusión son las lecciones del siglo XX mexicano. En Bolivia están repensando la reforma agraria de 1952, están pensando lo que fue el Estado boliviano nacionalista revolucionario de la segunda mitad del siglo pasado. México vivió el siglo XX como un siglo de reformas, como un siglo de modernización socialmente incluyente, de procesos de transformación con participación de las masas, todavía en la primera mitad del siglo. En México podías decir con seguridad de no equivocarte en casi cualquier familia “yo vivo mejor que mis padres y mis hijos vivirán mejor que yo” y eso era razonablemente cierto. Esto se acabó. Es decir, hoy en la visión de futuro la gente piensa que no, que sus hijos van a tener menos posibilidades de conseguir empleo o que si era un campesino, si creyeron en que el café los iba a volver ricos, sus hijos se van a tener que ir a Estados Unidos. Es decir, hay una crisis de expectativas, el siglo XX terminó de manera particularmente catastrófica, la caída es más brutal porque la altura alcanzada fue mayor.

Este pesimismo alimenta la rabia y la protesta, pero también, o sobre todo, formas de conservadurismo, de egoísmo social, del “sálvese quien pueda”. Este clima social permitiría entender cuáles fueron las razones de la derrota de la lucha del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME). Porque te acordarás que estuvimos en reuniones juntos en donde se planteaba “si se atreven a dar un golpe tan fuerte, se les viene encima el país”. Y eso no pasó. ¿La coyuntura de la crisis económica jugó en sentido desmovilizador? ¿Cómo te explicas que lograran llevar adelante el desmantelamiento de Luz y Fuerza del Centro y de su sindicato?

Así es. No sucedió lo que todos esperábamos. Pero hubo dos grandes movilizaciones de apoyo al SME de más de 100 mil personas. Y otras dos o tres que tuvieron del orden de 30, 40 mil. La lucha lleva varios meses, dos de huelga de hambre. Sigue habiendo un buen tercio, si no es que entre 30 y 40 por ciento del total de los trabajadores que no se han quebrado. Los cercaron por todas partes, les quitaron los fondos de asistencia al sindicato, les cerraron todas las puertas. Y sin embargo, el movimiento sigue. ¿Por qué podemos decir que es una derrota? Porque un movimiento como este, de un gremio, tiene por un lado una apuesta

política y por otro lado una apuesta gremial. La apuesta gremial es “vamos a negociar”. Es decir, “no podemos aceptar que nos quiten el trabajo, pero podemos quizás aceptar que cambie la institución que nos contrata, pero no quedarnos sin trabajo”. Estaban dispuestos, siguen estando dispuestos a negociar. No han encontrado interlocución para negociar nada. Qué tanta fuerza tiene el movimiento social en estos momentos en México no lo podemos medir por los resultados, lo tenemos que medir más bien por el despliegue de fuerzas puesto en relación con un gobierno, el gobierno actual, que es el único gobierno que yo recuerdo en la historia posrevolucionaria de México que no tiene preocupación alguna por la legitimidad democrática.

“La vía contra el narco no es una vía de legitimación democrática, sino una vía de legitimación autoritaria...”

En el análisis político aparece con frecuencia una disyuntiva a la hora de caracterizar al gobierno de Calderón: ¿es débil o es fuerte, es torpe o actúa con calculada dureza? A veces la confusión surge de la combinación de los factores y, sin embargo, hay que distinguir el rasgo principal para pensar y diseñar una estrategia alternativa, de respuesta y contraofensiva social.

En los gobiernos de la revolución hecha gobierno, que eran gobiernos sexenales, en los cuales el PRI gobernaba siempre, la gran familia revolucionaria seguía en el poder pero cambiaba, era hereditaria. Tenían el problema de la continuidad y existía la preocupación del gobierno saliente por mantener cierta legitimidad democrática. Salinas, que no era menos brutal que Calderón, tenía una seria preocupación, llegó por medio de un fraude electoral, con una ilegitimidad mayor todavía quizás o igual que la de Calderón, en una situación semejante, y lo primero que hace Salinas es un trabajo sistemático por recuperar su legitimidad democrática. Comprando intelectuales, seduciendo, ofreciendo, entregando. Y lo consiguió, logró terminar el sexenio con una aprobación a su persona –no necesariamente a su política– muy alta. Calderón empieza muy bajo y se podía pensar que iba a trabajar por ganar una legitimidad democrática a posteriori, que era fácil porque podía apoyarse en un sector de izquierda domesticada y moderna al interior del PRD. La corriente de Nueva Izquierda se imaginaba “bueno, ya perdimos, ahora vamos a encontrar espacio dentro de este gobierno, que precisamente porque es débil e ilegítimo, va a necesitar abrimos cancha”. Pero el gobierno no buscó ni busca alianzas legitimadoras.

Por la vía de la guerra contra el narco buscan otro mecanismo de legitimación.

La vía contra el narco no es una vía de legitimación democrática, sino una vía de legitimación autoritaria, es decir, Calderón quiere que tú lo apoyes porque es un duro que está golpeando a los narcotraficantes, que son enemigos de la patria, y está matando a muchos jóvenes mexicanos que se fueron por el mal camino. O sea, lo que trata de vender es que va a castigar, a matar a todos aquellos que se

atrevan a ser narcomenudistas, porque esos narcomenudistas son mexicanos *masiosares*, que el himno nacional dice que es “el extraño enemigo”. Esa idea de que hay que perseguir a los narcos, que son enemigos de la nación, que son traidores a la patria, esa idea es la que legitima la mano dura del gobierno de Calderón.

Una elección de policía y no de política, para usar la distinción de Rancière.

Así es, y una catástrofe política. Lo que busca Calderón no es que se aplaquen los del SME, sino que caigan en una provocación. Lo que busca no es que se olviden de López Obrador los del movimiento ciudadano, sino que rompan un vidrio. Su apuesta fue legitimarse por la vía de la mano dura y no por la vía del consenso. Yo no sé qué cálculos tenía, pero en todo caso que podía legitimarse por la vía de ser un gobierno exitoso, en términos de crecimiento económico, en términos de generación de empleo, que eran sus promesas iniciales. Si las tenía, se dio cuenta que no las iba a poder cumplir.

Y además Fox ya había quemado el capital político de ser el presidente de la transición institucional, del post priismo histórico.

Entonces estamos en una situación excepcional de un gobierno que ya perdió las elecciones de hace un año, las elecciones de medio término, con la victoria del PRI. Entonces, ¿qué le queda a Calderón? La única apuesta de Calderón es quedar como un presidente firme, valiente, decidido... como un Díaz Ordaz.

¿Y en 2012?

En 2012 hay que tratar de poner ante la ciudadanía el hecho de que lo que está en juego son los destinos del país. Eso no quiere decir que vas a ganar o vas a perder, pero cuando menos que quede claro que lo que está en debate es la disyuntiva entre dos grandes caminos. Me explico. La fuerza del movimiento social en los años recientes hay que medirla no solo en relación con sus éxitos o sus fracasos, sino que hay que medirla en relación con sus contrapartes. El problema es que esta es una izquierda social. Una izquierda social está conformada en este caso, en gran medida, por gremios o por ciudadanos que luchan por demandas específicas. Movimientos que buscan algún cambio, que son de inicio negociadores, buscan crear correlaciones de fuerzas que les permitan negociar y conservar su fuerza y crear una nueva subjetividad en la sociedad. Pero no tienes posibilidad de negociar, con este gobierno no se puede negociar nada. Por ejemplo, con Fox, en el 2003 hay un movimiento campesino, “El campo no aguanta más”, y el 31 de enero hay una movilización de 100 mil campesinos y el 10 de febrero –no sé, estoy poniendo fechas arbitrarias– ya están sentados los campesinos discutiendo con el secretario de Gobernación, avalados por el presidente y con participación de los diputados. Es decir, él sí inició un proceso de negociación; para bien o para mal, te sientas con el presidente a negociar y luego se firma un acuerdo nacional en Palacio. Calderón no se sienta a negociar. Una parte del movimiento campesino, una parte del movimiento sindical –diríamos la Unión Nacional de Trabajadores, etcétera– están en esa lógica de abrir puertas para sentarse a la negociación. Diríamos, si yo soy gobierno de derecha, pues yo quisiera que esa parte del gremialismo opositor leal se sentara conmigo. Entonces es una situación excepcional y

excepcionalmente mala. Yo creo que está colocando al movimiento social en una situación muy difícil en la que no estuvo ni con Fox. No solo porque sea represivo, que lo es, sino porque no hay espacios de diálogo. Y lo que tienes que plantear es que “lo único que nos queda es el cambio político”.

Pero la polarización actual también tiene sus ventajas. Primero porque no divide, la idea de la apertura y de la negociación siempre tiende a fracturar el campo popular pero, ante tan poco margen de maniobra, los defensores de la moderación y el pacto están de bajo perfil. Parece haber una sola vía para hacer oposición, para plantear reformas sociales. Ahora bien, me parece que hay dos hipótesis solo aparentemente opuestas para sopesar la fuerza del movimiento obradorista. La primera es que, frente a la situación particularmente negativa, incluso la propia dimensión política del movimiento en torno a López Obrador mantiene una fuerza notable visto lo que ocurrió, visto que en el 2006 no se pudo, visto que hubo una serie de golpeteos represivos, de cierres mediáticos e institucionales. Diríamos incluso que aparece sorprendentemente sólido un núcleo duro o una telaraña básica que se sostiene y se refuerza en el tiempo. Entonces diríamos que el balance es positivo. La otra hipótesis es más problemática. Aun asumiendo lo anterior, esa base de movimiento, de resistencia, de dignidad, no deja de ser minoritaria. Festejamos y exaltamos las luchas pero no siempre sabemos reconocer que cuando son minoritarias no logran modificar substancialmente la correlación de fuerza, no permiten pensar en un cambio de rumbo. Entonces, digamos, el horizonte de 2012 se nos presenta con esa ambivalencia. Va a ser muy fuerte el movimiento, la indignación, la resistencia, pero no necesariamente lo suficiente.

Yo en eso estoy completamente de acuerdo. ¿Cuál es la opción? Aclarar que efectivamente hay una opción, nada más. No que es la opción ganadora, no “vamos a postular al candidato que ahora sí va a ganar”. Es el planteamiento actual de Andrés Manuel López Obrador, yo creo que el de su movimiento es “ahora sí va a ganar”. Yo creo que su planteamiento personal, y así lo dice, no lo estoy poniendo en su boca ni es que me hable al oído, es que nuestra tarea es poner ante el país que hay dos caminos y que ningún ciudadano ignorante, culto, pobre o rico, urbano o rural, pueda decir que no le dijeron cómo estaba el asunto. Que quede claro que hay dos caminos, este es uno, este es el otro. Tú decides. Que vamos a tener tiempo suficiente, fuerza suficiente, capacidad suficiente y organización suficiente, quién sabe, probablemente no. Lo que no podemos dejar de hacer –porque además la coyuntura es coyuntura, es decir, en el 2012 se decide el destino nacional– es un trabajo que es más bien de educación política. Lo que se ha logrado con el movimiento del 2006 pero también desde antes, desde la campaña, desde el intento de sacar de la jugada a López Obrador, que lo catapultó en lugar de hundirlo. Vimos al que se apuntaba como el candidato natural de la izquierda institucional, por ser el gobernante de la capital. Tratan de descalificarlo y él –históricamente, nunca nadie lo había hecho desde la época de Cárdenas, y por otras causas– llama a movilizaciones. Creo que empieza a establecerse una polarización del país entre derecha e izquierda. La derecha es el PRI y el PAN y la izquierda es López Obrador. De pronto queda razonablemente claro, definido, en torno a una elección. López Obrador decide que lo único que puede hacer si

quiere mantenerse vivo políticamente es mantener esta polarización, mantener la idea de que hay dos caminos. Y esto había que construirlo al margen del PRD. Yo creo que se ha construido razonablemente porque el intento de privatización del petróleo permitió polarizar, porque otras causas más o menos importantes lo permitieron (la postura ante el SME, la postura ante los incrementos de la gasolina, los impuestos, etcétera). Esto sirve, esto ayuda. Pero eso no está construyendo una fuerza social desde abajo, porque una fuerza social desde abajo se construye, creo yo, desde una convergencia de movimientos, desde un diálogo de los diferentes actores sociales. Y esto está bastante limitado. El modelo de los Diálogos Nacionales, al que algunos le apostaron mucho, parecía ser la otra cara de la moneda. Desde la pluralidad de sindicatos, corrientes políticas, desde los más radicales, los menos radicales, etcétera, se puede ir construyendo una plataforma, una confianza. Pero con el golpe al SME desarticularon este tipo de encuentros.

De repente se necesitan coyunturas que se presten para la movilización, o sea, escenarios de crisis política. En los tiempos normales se va tejiendo la correlación de fuerzas, pero se modifican substancialmente cuando cuajan grandes movimientos en función de crisis, de acontecimientos más que de procesos.

Entonces, yo creía y sigo creyendo que no se puede, si no es desde la sociedad, ir construyendo este polo alternativo, este bloque histórico a partir del cual en un momento puedas distinguir, por una parte, el pueblo y la izquierda y, por la otra, la derecha representada por la clase política, por el PRI, el PAN y los modernos del PRD. Pero esa tarea es una tarea de los sindicatos, de las organizaciones campesinas, de los movimientos sociales, de las ONG comprometidas, de los intelectuales. Pero el papel de López Obrador no podía ser ese. Lo que podía hacer creo que es lo que ha venido haciendo, crear, dar estructura a lo que él llama "movimiento ciudadano". Hay una confusión muy rara, porque por un lado está el movimiento amplio en defensa de la economía popular, el petróleo, la soberanía; y por otro lado está el Gobierno Legítimo, el obradorismo propiamente dicho. Más allá de las confusiones de qué es una cosa y qué es la otra, yo diría que el movimiento popular defiende tales y cuales derechos adquiridos, tales y cuales patrimonios populares, tales y cuales espacios, contra formas de represión, de violencia, etcétera, etcétera. Y esto se da de manera continua y no va a terminar en 2012; ha ido creando una fuerza reactiva, te quitan algo y peleas por conservarlo. Lo otro es un movimiento ciudadano que lucha por libertades democráticas, por la democracia real, por un proyecto de país. Que es lo que ha estado tratando de crear con cierta eficacia López Obrador y es lo que no había; digamos, era un espacio vacío.

Yo creo que más que una identidad ciudadana hay una recuperación de la noción de lo popular contrapuesto a lo oligárquico.

Popular ciudadano, no popular gremial. Te pueden decir "yo soy pueblo y soy campesino, yo soy pueblo y soy obrero, yo soy pueblo y soy sindicalista, yo soy pueblo y soy colono, yo soy pueblo y soy... lo que sea. Y yo soy pueblo y soy del movimiento de López Obrador, que es un movimiento ciudadano, etcétera, etcétera".

En la Argentina del 2001-2002 decían “soy vecino”, porque era lo territorial lo que los agrupaba, era el barrio, más que una ciudadanía negada. Era una forma de recuperar una identidad fincada en una materialidad, no desde la abstracción del derecho conculcado, negado en los hechos.

En México hay gente que cree que lo que hay que hacer es luchar por que no se haga la presa de La Parota y hay gente que cree que lo que hay que hacer es luchar por que salgan de la cárcel los presos de Atenco, y hay gente que cree que hay que pelear por que les devuelvan su materia de trabajo a los del SME y que lo que hay que hacer es pelear porque todo esto es legítimo y lo apoyamos. López Obrador y su movimiento plantean que hay luchas justas que hay que apoyar. Pero le decimos a la gente hasta dónde podemos llegar con esta serie de luchas, tratando de negociar. Necesitamos un cambio, y este es un cambio general, es un cambio político, es una regeneración del país, es una regeneración moral. Es un cambio político. Quienes estén de acuerdo con esto, que se organicen con nosotros. Y quienes no, bueno, los apoyamos porque están luchando por un pedazo de tierra o están luchando contra la carestía o porque les quieren cobrar de más por la electricidad. Entonces además de ser obreros, amas de casa, campesinos, o lo que fuere, son *ciudadanos* que apuestan por un cambio trascendente, político, en nuestro país. Yo creo que por ahí va. Y en ese sentido, si lo quieres definir de algún modo, es un *movimiento ciudadano*. Un movimiento ciudadano es mucho más limitado que un movimiento campesino que se despliega en forma organizada en el tiempo. Un movimiento ciudadano, ¿lo estructuras como partido o qué? ¿En un momento dado vas a participar en elecciones o no vas a participar? Es decir, funciona mucho en torno al 2012 porque nace como un movimiento ciudadano que era de apoyo a López Obrador como jefe de gobierno y futuro candidato. Lo querían sacar de la jugada, era de apoyo al López Obrador candidato; después de apoyo al López Obrador candidato defraudado, es decir, presidente legítimo. Ahora es un movimiento ciudadano por un cambio profundo que encabeza López Obrador. Eso lo define. Tiene relaciones fraternas pero no se confunde con una asociación campesina, con asociaciones sindicales. Yo he estado en las reuniones. Llegan organizaciones campesinas y le dicen: “simpatizamos con tus planteamientos y creemos que... pues estamos de acuerdo con lo que tú dices”. Y Andrés Manuel les contesta: “ustedes están luchando por eso, y yo los encomio a que luchen, a que sigan luchando por eso, por los precios, por esto, lo otro. Pero que tomen en cuenta que toda esta lucha, que es muy importante, no va a conducir a nada si no se hace la revolución”. Y además lo plantea como revolución, como regeneración, no en el sentido de ganar las futuras elecciones.

Porque plantea la ruptura más allá de lo gubernamental, respecto a un régimen de mafias del poder, una estructura de poder político-económico que tiene que ser derribada.

Exacto.

El movimiento obradorista se plantea como un nivel de articulación política. Otro proyecto de articulación es La Otra Campaña, que generó cierta animadversión desde 2006 por ciertas actitudes sectarias pero que no deja de ser una corriente

fundamental. ¿Cuál es el papel que pueden jugar La Otra Campaña y el zapatismo, llamémosle civil –no el zapatismo de la selva lacandona, de las comunidades indígenas, que tiene definido su papel histórico–? La Otra Campaña se proyecta como una opción más radical, declaradamente anticapitalista, a la izquierda del obradorismo, criticándolo y denunciándolo. ¿Tú crees que La Otra Campaña entró en una involución irreversible, que el zapatismo civil requerirá ser revitalizado por otro lado o encarna todavía una fuerza viva del país, que juega o podrá jugar un papel importante de crítica radical?

“...fue un error del EZLN pensar que ya la gente no creía en una opción electoral en el 2006 y lanzarse a La Otra Campaña para que no voten porque todos son iguales...”

Lo que me queda claro y además hay evidencias de ello es que los grupos de *La Otra Campaña*, de base, regionales, que están en batallas específicas –por ejemplo, el problema del no pago de la luz, del no pago de las cuotas exorbitantes– se encuentran con el movimiento lopezobradorista y marchan juntos. Es decir, en el terreno de las reivindicaciones sociales, hay convergencia. En términos de los presos, por ejemplo, hay convergencias, hay encuentros. Lo único que quiero decir es que la gente, los militantes de base de estos movimientos están en la resistencia cotidiana, y en la resistencia cotidiana hay otras expresiones del sectarismo. A lo mejor tú no te vas a juntar para nada con el vecino de al lado porque lo conoces, sabes que le pega a su señora y yo con él no voy ni a la esquina. Pero el hecho de que él sea de *La Otra Campaña* y tú seas obradorista no es la bronca. Entonces, a nivel de los movimientos sociales ha habido encuentros. En torno al asunto de Atenco, López Obrador ha apoyado, en torno a la lucha del SME, aunque se tardaron, los zapatistas finalmente apoyaron. Ahí hay encuentros. Lo que sucede es que no ha habido una confluencia que llevara al triunfo electoral, y yo creo que podríamos imaginar que si le hubieran reconocido el triunfo a López Obrador en 2006 entonces sería un gobernante que podía ser legítimamente cuestionado desde la izquierda social y desde la izquierda política, donde seguramente estaría el EZLN, porque no era todo lo radical que podía ser o que se podía esperar que fuera. Ese sería un escenario que no fue. Si esto no fue, ¿qué es lo que queda? Yo creo que fue un error del EZLN pensar que ya la gente no creía en una opción electoral en el 2006 y lanzarse a *La Otra Campaña* para que no voten porque todos son iguales y este que es el menos igual de todos es también igual. Fue una apuesta muy equivocada, yo lo he dicho muchas veces, fue un error de apreciación. El descreimiento en la opción electoral es mucho mayor hoy todavía que en 2006, y hay razones para ello. Entonces hay una situación en la que hoy sería más fácil para *La Otra*... decir “¿y todavía ustedes creen en las elecciones?, ¿cuántos ejemplos necesitan?”. Pero el problema es que López Obrador, pienso yo, va a ofrecer una opción. Electoral y no solo electoral, alguna combinación, y el EZLN no va a poder ofrecer nada sino volver a decir “y todavía no aprenden, y todavía siguen generando ilusiones”. ¿Pero qué otra cosa proponen aparte de esa ilusión?

Y, por otra parte, la radicalización de López Obrador cubrió un espacio importante de la izquierda.

Las ideas de izquierda van dominando en López Obrador. Te pongo un ejemplo. En la definición del programa, que es una labor de equipos, López Obrador plantea ciertas orientaciones. Lo último que ha dicho es “no se anden con medias tintas, no se anden con matices, no se anden con posiciones tibias. Hay que ser radicales, porque si no, no nos vamos a deslindar. No le podemos decir a la gente, bueno, sí, nosotros lo haríamos un poco distinto”. Creo que López Obrador está endureciendo su posición no porque se enojó, se desesperó y ahora se volvió un ultra, sino porque está claro que la coyuntura nacional es una coyuntura de deslindes. Perdieron credibilidad las opciones tibias, intermedias, de la izquierda racional, de la derecha democrática, de la vuelta de la izquierda priísta. Es una tarea de todo el movimiento plantear que en efecto vivimos una encrucijada nacional, que no se resuelve en un día votando, pero sí es una encrucijada nacional que coincide con una próxima elección.

El neocardenismo tenía su ambigüedad y tendió a buscar el máximo de consensos posibles incluyendo sectores de dudosa procedencia. El mismo López Obrador también intentará, como lo hizo en 2006, ampliar lo máximo posible el frente a la hora de las elecciones. Habrá que ver dónde queda la esencia del proyecto, y eso depende de cómo se resuelva una disputa interna al obradorismo. Al mismo tiempo, en 2006 podían tener un Lula en este país, pero la oligarquía no quiso tener un Lula y entonces López Obrador radicalizó su discurso.

Cuando López Obrador discute de política latinoamericana, él asume una posición menos equilibrada que la mayor parte de los gobiernos, digamos, progresistas; no porque su gobierno tuviera que ser necesariamente un gobierno a lo Chávez, en lo absoluto, sino porque en este momento no puedes andar diciéndoles “no se espanten”. Es el momento de decir “espántense, piensen que si en el 2012 eligen a Peña Nieto no se la van a acabar. Bueno, piénsenlo seriamente. Espántense”.

Los términos de la primera llamada, el lema de la campaña del 2006, era: “Por el bien de todos, primero los pobres” y era un mensaje claro: “¿Quieren mantener cierta cohesión y cierta unidad que les permita hacer negocios? Pues se requiere atender el problema de los pobres”. Ahora se está formulando de manera un poco más fuerte...

Sin duda, creo que aquí no estamos acostumbrados a que haya una disputa en términos de proyecto de país. Rápidamente, el proyecto de país pasa a ser un debate entre economistas. El espíritu del proyecto que este movimiento promueve está mucho más cerca de la idea de la regeneración espiritual, de la regeneración moral, de la recuperación de la dignidad. Esa dimensión que le supo dar el EZLN en un momento dado a las demandas de los pueblos indios. La conciencia de que está desmoralizado este pueblo, que nos da vergüenza ser mexicanos, que no tenemos confianza en el futuro, que nuestros hijos ya no quieren vivir aquí. De allí que se hace necesaria una regeneración moral. Yo creo que una de las cosas que nos han mostrado las nuevas revoluciones en América Latina es el aura, o sea, estas revoluciones tienen aura. No son revoluciones con proyectos de país muy sólidamente elaborados, sino son revoluciones con aura, con alma...

Gramsci decía "reforma moral e intelectual" para mostrar el alcance civilizatorio de la revolución social.

Para Sorel era el mito. No es la descripción científica con pelos y señales, hecha por tecnócratas. Yo creo que un contenido mitológico puede mover a la gente en torno de un proyecto que tiene que ver con el pasado y con el futuro. Por eso me parece que jugaron bien en Bolivia el componente incaico, con todo el fundamentalismo que tenía en sus orígenes lo transformaron en un elemento identitario para una convocatoria descolonizadora. Yo creo que en el caso de la historia de México la convocatoria tiene que ver con la recuperación de la historia.

Libros de Armando Bartra

- Bartra, Armando 1986 *Los herederos de zapata. Movimientos campesinos posrevolucionarios en México 1920-1980* (México: Era) Colección Problemas de México, 164 pp.
- Bartra, Armando (prólogo, selección y notas) 1991 *Regeneración 1900-1918. La corriente más radical de la revolución mexicana de 1910 a través de su periódico de combate* (México: Era) Colección Problemas de México, 5ª reimpresión, págs. 13-66.
- Bartra, Armando 1999 *1968: el mayo de la revolución* (México: Ítaca) 148 pp.
- Bartra, Armando 2000 *Guerrero Bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande* (México: Era) 178 pp.
- Bartra, Armando (comp.) 2000 *Crónicas del Sur. Utopías campesinas en Guerrero* (México: Era) 428 pp.
- Bartra, Armando (coord.) 2002 *Mesoamérica, los ríos profundos. Alternativas plebeyas al Plan Puebla Panamá* (México: Ediciones Casa Juan Pablos/El Atajo/Instituto Maya A. C.) 396 pp.
- Bartra, Armando 2002 *Economía política del Plan Puebla Panamá* (México: Ítaca).
- Bartra, Armando 2003 *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria* (México: Ítaca/Instituto Maya) 131 pp.
- Bartra, Armando 2006 *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida* (México: UACM/ CEDRSSA/Ítaca) 382 pp.
- Bartra, Armando 2008 *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital* (México: UACM/UAM/Ítaca) 213 pp.
- Bartra, Armando 2010 *Tomarse la Libertad. La dialéctica en cuestión.* (México: Ítaca) 232 pp.